

Octavio Campero Echazú: La sensual claridad



Segunda de cuatro partes

En otra velada más íntima, él tuvo la gentileza, y la paciencia, de escuchar un relato mío sobre una inundación -un tema que le conmovía y que trató en un poema.

Tres años antes de su muerte, nos vimos durante una fiesta en la antigua mansión de su abuelo. Entonces se permitió elogiar, con palabras que no recuerdo, nubladas como siguen estando por la emoción, mi poemario "Memoria de la Tierra".

Pero entretanto se sucedían los anteriores encuentros, los que pasaron de la Ubria formalidad a la también discreta amistad fraterna, me fui enterando de muchas cosas que ignoraba -algo muy natural en el historial de olvidos de los Echazú-. Sigue, pues, que la madre de Octavio, Mercedes, fue hermana de mi abuelo materno. Ella se había casado con Don Manuel Campero, nacido en 1852 y muerto en 1901. Hijo del último Marqués de Yavi y Tojo, a más de abogado y fundador del partido Liberal de Tarija, fue un excelente prosista y poeta -así lo sigue probando su libro "leyendas". Y aquí cabe decir que las intrincadas, novedosas, melodramáticas y, a veces, grotescas relaciones de parentescos buscados y también no deseados de los Ovando, Fernández Campero, Martíarena del Barranco, Pérez de Uriondo, Barragán, de la Peña, Vásquez, Estenssoro y Echazú, bien habrían merecido un romance de Octavio; y, desde luego, aun esperan a su novelista.

Entre los ascendientes maternos del poeta, hubieron dos personajes de preminentemente actuación en el proceso emancipador de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Se destacaron también por una ejemplar honestidad cívica y profesional en los terribles años de la consolidación republicana. Me refiero a Mariano Antonio de Echazú, de ilustre origen vasco, al que se le debe la adhesión de los tarijeños a la revolución de 1810 de Buenos Aires, y en gran parte el triunfo de Suipacha. Su hijo, José Felipe de Echazú, defendió la permanencia de Tarija en la República Argentina. En el Congreso de esa

nación, como diputado por su tierra, logró que se reconociera a Tarija Provincia Independiente de Salta, en 1826. Dos años después sus paisanos lo nombraron representante ante la Asamblea boliviana. Fue también Ministro de la Corte Suprema de Justicia. Ya anciano, cuando visitaba Tarija desde una de sus fincas, la gente que lo veía pasar por sus calles, decía, con una auténtica reverencia: "¡Ahí va la Justicia!"

III

Me he detenido en esas noticias, porque si algo conservó y enalteció Octavio Campero Echazú fue el honor de la conducta personal y el respeto a una tradición de servicio público. Porque a tanto llegó la entrega a los Intereses de Tarija que, ambas familias, los Echazú y los Campero, gastaron muchísimos dineros en obra pías, en la larga lucha emancipatoria, en el mantenimiento de una numerosa prole y sus allegados y en mejoras urbanas; aparte del derroche presuntuoso y de las inversiones de cuenta de las mil y una noches. No olvidemos que el marquesado abarcaba gran parte de las provincias de Jujuy, Salta y Tarija, y que los Echazú poseían en ellas muchas fincas.

Por todo eso, Octavio Campero no fue rico ni apegado a ostentaciones huertas. Vivió del profesorado y de su heredad "Escapana". Cuidó con amor algunas valiosas obras de arte y documentos familiares que perdió, poco a poco, por diversos avatares.

Nació en Tarija, el 21 de noviembre de 1900. Esto es, a comienzos del siglo XX iberoamericano, pero todavía en las brumas y en la paz del Tiempo sin tiempo de la Tarija de habla castellana y de las coplas y hermanadas de sus primeros pobladores hispanos. Su niñez fue un dichoso escuchar el lenguaje que no dejó jamás de fascinarlo, al tiempo que le donaba los medios de la creación literaria. En el Colegio Nacional "San Luis" recibió las disciplinas del conocimiento y de la expresión del español, a través de las inobjetables bondades de la vieja Gramática -incluso con las artideces opuestas a la inventiva y plasticidad del habla común.

El Bachiller Campero Echazú aprendió al mis-

mo tiempo que los secretos del ritmo verbal, la música en sus dos manifestaciones: la popular ciudadana de las cuecas y bailecitos que, por entonces, tenían su patria marginal en el llamado "infame" barrio de las chicherías y cantinas de "San Roque"; y la culta, que se oía y bailaba en los salones de las casas grandes: las romanzas, fragmentos de zarzuelas, arias de ópera, lieder alemanes y los valses y cuadrillas decimonónicas. Pero toda esa instrucción no tenía para él las connotaciones emocionales de las festividades religiosas y populares de la campiña. En ellas se mantenía viva la facultad creadora de los abuelos iberos, convertidos en labradores y campesinos de a caballo que, en las ruedas, en el cantar de coplas y tonadas, junto a las vistosas mozas chapacas, hacían pervivir no solamente los versos de los viejos romances, sino las formas primigenias de canto. Es decir, el humus de la tierra, como una suave neblina membranosa a través de la cual escuchó los primeros dictados de su vocación. Y el primer fruto de ésta fue "Arias Sentimentales", que Octavio editó en La Paz a los 18 años. Él terminó muy pronto rechazando ese poemario como un pecado juvenil; del que inclusive se burlaba con un dejo emotivo, pero el verdadero origen de ese rechazo lo comprendería más tarde, al volver a beber la savia de aquellos romances, coplas y tonadas.

Cuando no le quedó otra opción que estudiar Leyes -las otras dos eran el sacerdocio, que de ninguna manera se acomodaba con su temperamento; y el Ejército, para el cual no estaba dotado físicamente-, decidió hacerlo en la Capital de la República. Así es que, como les sucedió a todos los tarijeños de esas dichosas épocas, no bien subió a caballo la montaña de Sama, y emprendió la penosa travesía de la puna de Iscayachi, le sobrevino el estremecimiento acongojado de la añoranza: de la orfandad del aire y de la luz del Sol dejado abajo. A poco de llegar a La Plata, entendió clertas particularidades del entorno social chubuqueño; y se encontró con algunos parientes cercanos -los Villa Echazú, por ejemplo-. Hizo amistad con otros jóvenes que, como él, eran peregrinos de los senderos del Arte.

Ya bien instalado en la ciudad, arribaron a Sucre su primo hermano muy querido, Alberto Echazú, y otro pariente que sería uno de sus más fieles amigos, a más de estar unidos por sus vocaciones musicales: Mario Estenssoro. Algo cansados del provincialismo cultural los tres emprendieron una peregrinación a Chile, en 1927. En realidad se trató de una aventura iniciativa en la bohemia romántica y epicurea. Sin embargo, no sabemos bien por qué eligieron a Santiago como centro de la vanguardia cultural de esos años, teniendo más a mano otro más grande y prestigioso, en el que vivían tantos paisanos e incluso parientes; esto es, Buenos Aires. Acaso debido a eso mismo. Los tres jóvenes deseaban llevar a cabo sus andanzas sin las indiscretas reconveniciones moralistas. No obstante ello, en Santiago precisamente hallaron a la parentela de la rama chilena de los Echazú, y éstos les presentaron a ciertos intelectuales ya bastante destacados.

(Continuará)

